



Por IGNACIO VALENTE

Me ha alegrado con esperanza el último libro de Teillier, cuya obra apraece como una de las más prometedoras en la nueva poesía chilena. No he encontrado, sin embargo, cuanto esperaba. Se trata de una colección de poemas que no prolonga esa débil línea de progreso, mantenida por sus anteriores libros en un medio donde no siempre los poetas aprenden y mejoran de obra en obra. Como exploración de una experiencia, como forja de un lenguaje, ésta no añade algo esencial a sus poemas anteriores, y se deja tentar, en cambio, por la facilidad: se repite. Es un conjunto de poemas dignos, correctos, donde sólo esporádicamente, sin embargo, se escucha la llama de la intuición o de la imagen creadora.

Esta "Crónica del forastero" se construye sobre recuerdos adolescentes del sur. Su procedimiento es el habitual de Teillier: suscitarse en la imagen una evocación vivida, dibujar en el recuerdo una fuerte impresión de realidad, tomada de un mundo agrario y elemental, de los líres de la infancia, sobre cuya suave bruma emergen en la memoria destellos de sensaciones precisas. Poesía esencialmente clara, más ligada a los neorrománticos alemanes que a la experiencia verbal de los habituales maestros contemporáneos, su fuerza está en la intensidad melancólica del recuerdo, que se abre paso a través del descuido formal de la palabra.

Esta vez, sin embargo, la desmañada forma no se encuentra bastante compensada por la intensidad de la memoria o de la fantasía. A ratos me parece estar leyendo, valga el ejemplo, una traducción argentina de Trakl. A estos poemas, que no pretenden ser coloquiales ni menos antipéticos, no les cuadra tanta despretenciosa formal: "Veo pasar un rostro desconocido | en el canal que pasa frente a la casa". El pasar-pasa-casa hace un juego lo bastante anodino como para confundirse con el simple descuido, aunque después surja una hermosa imagen, la del primo materno que, ilesto en un terrizo, "ahora desaparece en la polvareda de los eternos enanos". Así, avanzan estos poemas, entretejiendo la imagen feliz con versos débiles o fáciles.

El recuerdo es la matriz y el material primero de estos poemas otoñales. Un recuerdo que a veces obra forma de sensación viva, de presencia casi física, visual, o de lograda trasposición imaginativa, pero que en otros casos aparece sin vida bajo la forma de meras descripciones pretéritas, de acumulaciones pasadas. Lo primero, por ejemplo: "La mañana está llena de carretas cargadas de trigo hasta el cielo". "En los ojos de los buques | ves hundirse en el río la calle donde creciste". Pero entre los versos de esta

estilizada circular, abundantes, los recuerdos obvios, los materiales crudos de la memoria, sin elaboración: los pájaros que cantan, la lluvia que cae, el pueblo era así o así, pasó esto o aquello, enumeraciones obvias de insuficiente sustancia poética.

Hay poemas enteros hechos con esta clase de residuos del recuerdo. Son poemas contruidos sobre algunas imágenes sin devenir interno, que giran sobre sí mismos, lentos, en espera de una súbita vibración que los saque del mero planteamiento original, para darles trascuro y atenuar; cuando esa vibración llega, se encierra en una que otra imagen afortunada, pero el conjunto, en su conclusión, deja raso a poco poéticamente, no pasó nada entre el comienzo y el final, no se modificó la simple situación inicial del recuerdo: el atardecer, el puente de sombra, la hora nocturna...

Por esa misma, las enumeraciones son a menudo estéticas, no progresan. Yo creo que esta falta de vitalidad poética —dramática— se debe, en el fondo, a una debilidad de la experiencia humana, de la participación en lo real contenida en estos sencillos poemas, donde la memoria reducida o si misma se apaga en reminiscencias cada vez más estacionarias. Que no basta la sola reminiscencia, que no bastan a la poesía la infancia o el pasado, si no es como dimensiones o signos de una experiencia actual, es lo que nos muestra esta evocativa poesía de la memoria etérea.

En cuanto a imágenes, hay de todo. Las hay logradas, si bien a la manera de greguerías o frases brillantes, occurrences separables del conjunto. "En el bosque algo rechinar los eucaliptos, ese | millar de puertas que se cierran". "La noche era un trazo de carbón pronto a arder". Las hay que casi repulsen, pero que a la postre se malogran. Por ejemplo, complicación, poca exhalante inmediata: "Alatidices vibrante de alas acogidas de regreso por el árbol". Porque no terminan de hacer sentido poético: "Los muertos quieren dirigirse a ti | con los líres pocos de sus palabras". Porque sugieren honduras de significación que no existen: "Se empieza a saber | que sólo sirven las lamparas | que congreñan a las sombras".

"Crónica del forastero" es, pues, una colección de fragmentos de memorias líricas, algunas casi hermosas, pero que en conjunto no han sido llevadas a ese extremo de tensión interior, de iluminación, de experiencia verbal, que una crónica semejante necesitaría para ascender a la condición poética. Si este libro, el sexto de Teillier, no daña en más de su intento, tampoco es un paso creador en la línea de su prometido trayecto.

Jorge Teillier: "crónica del forastero" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jorge Teillier: "crónica del forastero" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile